El Cuento Semanal

El poema de los ojos

Drama en dos actos por

SALVADOR RUEDA

Ilustraciones de E. DE LA ROCHA

30 Cénts.

El Cuento Semanal

AÑO II-24 de JULIO 1908 - N.° 82

Se publica los viernes
Oficinas: San Mateo 1
Teléfono 1.951
Apartado de Correos núm. 409
Madrid

Precios de suscripción:
Madrid y provincias: Trimestre 3,50 pesetas.
Semestre 6,50 pesetas. Año 12.
Extranjero: Semestre 10 pesetas. Año 18.
Anuncios á precios convencionales.
Número suelto: 30 céntimos

Congreso de Educación moral y social

A principios del otoño próximo, durante los días 25 al 29 de Septiembre, se celebrará en Londres esta Asamblea, primera de una serie periódica que se irá determinando, y en la cual el concurso de los hombres más eminentes del mundo aportará á la obra civilizadora de la Educación beneficios positivos. Los asuntos que han de tratarse en las ocho sesiones de este Congreso son de notable importancia y muy interesantes para quienes hayan dedicado alguna atención á los estudios pedagógicos. Los principios de la Educación moral; los medios prácticos de hacerla efectiva en los diferentes órdenes de la enseñanza; las relaciones de la Religión con la Educación moral, etc., etc., todos estos y otros puntos de indudable aplicación pedagógica serán objeto de las tareas del Congreso.

Como consecuencia de dichos trabajos proyéctase desde luego, y será motivo de discusión, estudiar los medios de llevar á cabo la fundación de una *Revista Internacional de Educación Ética*, dedicada singularmente á las escuelas y maestros y, en general, á las personas consagradas á la enseñanza.

Respondiendo á su carácter internacional, el Congreso ha sido convocado bajo el patronato del ministro de Instrucción pública de la Gran Bretaña y de los de Francia, Bélgica, España, Italia, el Japón, Rumanía y Rusia, estando también representadas las demás naciones de Europa y casi todas las de América.

La Asamblea se reunirá en el edificio de la Universidad de Londres, será presidida por el eminente pedagogo inglés Prof. Michael E. Sadler y, entre los vicepresidentes figuran representando á España, personalidades tan insignes como los Sres. D. Gumersindo de Azcárate y D. Eduardo Sanz Escartín.

Las personas que deseen asistir al Congreso, con derecho á intervenir en las lecturas, deliberaciones y conferencias, y á obtener ejemplares del libro de actas, pueden solicitar tarjetas de miembros de la Asamblea escribiendo al Secretario general de la misma, Mr. Gustav Spiller—13 Buckingham Street, Strand, Londres—remitiendo al efecto la cuota asignada de diez chelines y seis peniques en sellos ingleses ó bonos postales, ó trece francos en la misma forma, ó, para mayor facilidad, el término alzado de la equivalencia de aquella cantidad en moneda española, que es de catorce pesetas. Para proporcionarse instalación próxima á la Universidad, los congresistas que la deseen pueden dirigirse también al propio Secretario general, Mr. Spiller.

Del Comité general forma parte y es, además, secretario para España del ejecutivo, nuestro ilustre compañero don José del Perojo, director de *Nuevo Mundo*.

Libros y Revistas

Memorias de un afrancesado, por Augusto Martínez Olmedilla. — Librería de Pueyo. Madrid.

El laborioso autor de *La caída de la mujer* ha reunido en este volumen una interesante colección de episodios de la guerra de 1808. Son artículos escritos con mucha amenidad, y que evocan muy bien el espíritu de aquella época gloriosa.

CHAMPAGNE BINET
REIMS
SUPERIOR Á TODOS LOS DE IGUAL PRECIO

Mermeladas TREVIJANO

CONTRA LA CAIDA DEL CABELLO
CEJAS, BARBA
Se recomienda el uso inmediato del Maravilloso
PETROLEO HAHN Antiseptic
El celebre regenerador del Cabello empleado y prescrito por los medicos de mas fama
DECONSFIAD DE LAS IMITACIONES
Exigir el PETROLEO HAHN de VIBERT
Quimico, 89, Avenue des Ponts en LYON (Francia
El unico eficaz como lo prueban 25 anos de exito creciente
Depósito en todas las Droguerias y Parfumerias.

AGUA DE COLONIA CONCENTRADA
Sus condiciones higiénicas, su perfume fino, elegante y permanente, hacen sea la predilecta en los tocadores de buen gusto. ALVAREZ GOMEZ - Calle de Peligros, 1 duplicado.

PÉREZ MOLINA Último „chic" en pulseras de pedida y botonaduras de brillantes.
CARRERA DE SAN JERÓNIMO 28

UNA DE LAS CAUSAS DIRIMENTES DEL MATRIMONIO ES EL MAL OLOR DE LA BOCA. DESAPARECE CON EL USO DIARIO LICOR DEL POLO TAN ADVERSA CONTRARIEDAD

Toda persona de gusto está suscrita á
El Gorro Blanco
Revista mensual de cocina
Su precio al año, 6 ptas.- Medio año, 3,50 ptas.-Extranjero, 9 ptas.
„La Cocina Elegante" por 14 ptas.
Dirección: Sandoval, número 21, entlo. - MADRID

ADEREZOS Gran surtido desde 100 ptas.
DANIEL DE LUCAS Y C.ª - Calle de Carretas, núm. 3

SALVADOR RUEDA

EL POEMA DE LOS OJOS

TEATRO LÍRICO

DRAMA EN DOS ACTOS, EN PROSA

PERSONAS

ROSALÍA, TÍA FRASCA, JUAN, PEDRO, EL SEÑOR FACHENDA, CALAMAR, SEÑOR JOSÉ, VENDEDOR DE ROMANCES. HOMBRES Y MUJERES.

La escena en Andalucía. Época actual. Derecha é izquierda, las del espectador. El traje de *marengo* consiste en sombrero de palma ó fieltro, camisa sin abrochar, chaleco, faja, pantalón hasta la rodilla, ancho y obscuro, que deja asomar un trozo de calzón blanco interior. No usan calzado, pero en esta obra usarán alpargatas. - El traje de la tía Frasca es un mal vestido lleno de remiendos; el pelo lo tendrá enmarañado y bronco: es una vieja loba de mar con una gran pujanza física. - Traje de Rosalía: zapato primoroso sobre media fina; falda clara, toda llena de graciosos volantes; pañuelo breve de seda al cuello, y el peinado lleno materialmente de flores; ha de resultar una figura popular andaluza, sumamente artística. - Juan y Pedro, que durante esta obra no aparecen en ningún momento dedicados á tareas de mar, visten el traje andaluz corriente: zapato, pantalón largo, faja, chaqueta y sombrero cordobés. - Todas las personas hablan andaluz; pero en Rosalía puede ser correcta la pronunciación, si gusta la actriz.

ACTO PRIMERO

La escena representa la playa; supónese que el mar es el público y que el agua llega hasta la concha. En el foro hay dos casas humildes de pescadores, juntas, blanqueadas, de frente al público y con macetas en las ventanas. Ambos frentes tienen cada uno una puerta y al lado de ella una ventana. A la derecha vese la mitad de una barca grande, tapando la otra mitad el bastidor.

ESCENA PRIMERA

ROSALÍA y TÍA FRASCA

La segunda cose unas redes de pescar extendidas en la arena, y Rosalía riega las macetas de las ventanas.

ROSALÍA. — Buenos días, tía Frasca.

FRASCA. — Buenos nos los dé Dios, Rosalía.

ROSALÍA. — Muy temprano se ha liao usté con las redes.

FRASCA. — No hay más remedio que coserlas. También madrugas tú pa hartar de agua las macetas.

ROSALÍA. — Usté me enseñó á madrugar, y no sabe usté lo contenta que estoy de que, á falta de madre, usté me acostumbrara á levantarme con los pájaros. ¡No sabe la gente dormilona lo que se pierde con no ponerse de pie al romper el día!

FRASCA. — Ná tienes que agraecerme con haberte enseñao á ser madrugaora; si en lugar de

ser tú la que te queaste sin padre, sin madre y sin perro que te ladre, hubiera sío otra, lo mismo la hubiera enseñao á ser dura. ¡Feliz tú que, por lo menos, tienes pa no estar á cara de nadie!

ROSALÍA. — Lo poco que tengo, tía Frasca, sabe usté que es suyo también.

FRASCA. — Gracias, Rosalía; por ná del mundo tomaría yo una monea, si con mis puños no la hubiera ganao.

ROSALÍA. — Pero, como usté es mi segunda madre...

FRASCA. — Anque sea. Vieja soy, pero tengo mis remos cabales y soy más dura que el bronce.

ROSALÍA. — ¿Y qué tal? ¿Le sigue á usté dando trabajo el señor *Fachenda?*

FRASCA. — Más pretencioso y más pesao es que una losa de plomo; pero si no fuera por él, que desde que pasó lo de mi pobre Juan, me tiene armitía en su barca como uno de tantos pescaores pa jacer las veces de mi hijo, ¡no sé lo que hubiera pasao!

ROSALÍA. — ¡Qué hombre tan alabancioso! Pa salir el sol ca día, tiene que pedirle á él permiso. Se escucha al hablar, se suena el dinero cuando tiene la mano en el bolsillo, ¡y es el tío más cargante que ha nacío de mujer!

FRASCA. — Pues guarda el bulto.

ROSALÍA. — ¿Yo? ¿Por qué?

FRASCA. — Porque me parece que está por tu persona, y te va á tirar el apargate.

ROSALÍA. — ¿Yo novia suya? ¡Jesús mil veces!

FRASCA. — Ya sabe él que de quien eres novia, desde hace años, es de mi Juan; pero me parece que quiere correr el temporal. Como es rico... querrá desbancar á mi hijo. ¡El demonio del viejo, que toavía quiere arrastrar el ala! Es bueno, hija, pero mú enamorao.

ROSALÍA. — A propósito de su hijo de usté.

FRASCA. — ¿Qué?

ROSALÍA. — Tiene usted que decirle una cosa de parte mía.

FRASCA (*Soltando las redes y con gran interés*).— ¿A mi hijo? ¿De ti? ¡Más confianza que tienes tú con él!...

ROSALÍA. — Es una cosa muy delicá, que yo estoy sin querer decirle hace tiempo.

FRASCA. — ¿Me vas á matar de curiosiá? ¡Habla, con mil demonios!

ROSALÍA. — No, ahora no.

FRASCA. — ¿Cuándo?

ROSALÍA — Otra vez.

FRASCA (*Agarrándola del vestido*). — No; ahora, ahora.

ROSALÍA. — Otra vez; viene alguien. (*Frasca vase*).

ESCENA II

ROSALÍA y PRIMORES

Este es un mozo muy pinturero, que habla con mucha alegría; viene con los cenachos malagueños, uno dentro de otro y echados al hombro.

PRIMORES. — Dichosos los ojos que te vuelven á ver.

ROSALÍA. — ¡Primores! ¿Eres tú?

PRIMORES. — El mismo, aunque un poco más borroso, es decir, más viejo; le va á uno pasando lo que á las pesetas, que de tanto roar...

ROSALÍA. — ¿Vienes de Fuengirola?

PRIMORES. — De allí vengo. Me habían dicho que estabas más bonita que antes, y he querío ver ese milagro.

ROSALÍA. — Tú, como siempre, tan alegre.

PRIMORES. — El compás es lo que le va á uno queando.

ROSALÍA. — ¿Como á los músicos viejos?

PRIMORES (*Malicioso*). — ¿Y no me preguntas por nadie de allá?

ROSALÍA (*Aparentando no entender*). — ¿Por quién?...

PRIMORES. — Vamos, no disimules. En Fuengirola es donde tú tienes el corazón, aunque estés aquí.

ROSALÍA. — No, Primores; aquéllo sabes que acabó; mi corazón está aquí comprometío.

PRIMORES. — Pues por allí se ha dicho que está libre, y con una papeleta del tamaño de una sábana, que dice: *Se arquila.*

ROSALÍA. — ¡Echa lienzo! ¡Ni está desalquilao, ni tiene papeleta!

PRIMORES. — Yo no sé decirte más sino que como ha llegao ese rum-rum allá, hay quien á estas horas está en el pueblo arreglando á tó correr los cuatro chirimbolos de la barca pa trasladarse otra vez á estos sitios, como antiguamente.

ROSALÍA. — ¡Qué! ¿Piensa venir Pedro?

PRIMORES. — Sí; á ser otra vez novio tuyo.

ROSALÍA. — ¿Mío? ¿No sabe que yo tengo novio?

PRIMORES. — Entonces no has entendío lo que te he dicho antes. ¡Oído al parche, niña! Antes te he dicho, que en Fuengirola se cree que tú has acabao con Juan, y en vista de eso, Pedro estará aquí mañana.

ROSALÍA. — ¿Mañana?

PRIMORES. — Cuanto el día amanezca.

ROSALÍA. — Yo no he despedío á Juan.

PRIMORES. — Pues jazlo, porque el otro viene con más fuerza que un río. Ya sabes quién es, el hombre de más ímpetu de tos estos pueblos, y que sólo tuvo como rival á Juan. Cuando muchachos, una vez despachastes á Juan por admitir á Pedro, y eso vas á tener que volver á hacer ahora. Son los dos hombres más valientes que ha habío por mar y por tierra.

ROSALÍA. — Y los que más se odian. Haría Pedro mal en venir. Yo no puedo abandonar á Juan encima de su desgracia.

PRIMORES. — ¡Pobre! La verdá es que es preferible que se hubiera muerto.

ROSALÍA. — Yo no puedo matarlo de pronto con una palabra.

PRIMORES. — En fin, si está así la cosa, ná digo ni en ná me meto. Ya, cuando niños, al quitarle Pedro la novia, por poco Juan lo mata; y, aunque era un muchacho, en ná estuvo que hubiéramos tenío que llorar una muerte en la playa. Y es que el amor, nena, es una tabarrera que lleva uno en el fondo der pecho, y un tábarro entra y otro sale; como los celos truenen, tos los tábarros se agarran al corazón, y entonces ya está un hombre perdío. Voy á llenar los cenachos de sardinas. También vengo yo á quearme por estos sitios.

ROSALÍA. — Donde va la soga, va el caldero.

PRIMORES. — Amigo mío es Pedro, y amigo suyo soy; donde vaya él, allá voy yo. Hasta ahora, niña. Y no la eches de entristecía. Ya sabemos que tú no has querío de verdá más que á un hombre, y que ese hombre es el que viene por ti. (*Vase*).

ROSALÍA. — ¡Cuando me figuraba yo que hoy anunciaba el mar tormenta! (*Vase*).

ESCENA III

EL SEÑOR FACHENDA, LOS PESCADORES y la TÍA FRASCA

Varios pescadores, y entre ellos esta última, pónense á los lados de la barca, aplicándole el hombro para echarla al mar: la tía Frasca ayuda también como uno de tantos, demostrando una fuerza extraordinaria.

FACHENDA.—Conque, ¿vamos á echar la barca al agua, muchachos?

VARIOS. — Vamos, sí. Nos jaremos á la mar.

FACHENDA. — ¿Está tó dentro del casco?

UNO. — Toíto.

FACHENDA. — ¿Las maromas, las levas?

EL DE ANTES. — Tó está ya, señor Fachenda.

FACHENDA (*Dándose importancia*). — Me gusta que tó esté jecho con orden y como Dios manda. Yo soy un hombre que tó lo tiene presente, que tó lo ve y que tó lo precave. Yo soy un hombre que no le gusta tener ná manga por hombro, ni la barca jecha un jerraero. Yo á un hombre le pago lo que se merece, pero es menester que ese hombre cumpla. Yo no trato á un hombre con la punta del pie, como hacen otros dueños de jábegas (*Señales de cansancio en los oyentes*); pero es menester que ese hombre mire por lo mío y me agencie una peseta.

UNO (*Aparte*). — ¡Cómo nos íbamos á escapar sin el discurso!

OTRO (*Aparte al anterior*). — Cuando lo oigo, me da chasquíos el espinazo.

FACHENDA. — Están ustés hablando con un hombre que no es un tirano, que no atosiga á la gente, que á naide le pone una pistola en el pecho.

UNO (*Aparte*). — A ti sí que habría que ponértela.

OTRO (*Al anterior*). — Y tirar der gatillo.

FACHENDA. — Están ustés hablando con un hombre que sabe que los hombres no son tós iguales; que sabe que, si hay un hombre que vale más que otro, hay, en cambio, otro que vale menos que otro. A los hombres. . .

UNO. — ¿Me permite usté una palabra, señor Fachenda?

FACHENDA. — Siempre que un hombre desea decir una palabra, yo quiero oir á ese hombre.

EL DE ANTES. — Lo que quiero decirle es que ya nos sabemos de memoria tó eso, y que ya podíamos haber tirao el copo al agua.

VARIOS. — Sí, sí, que es tarde; vamos á la mar.

FACHENDA. — ¿Están ustés satisfechos de mí?

TODOS. — ¡Sí!

FACHENDA. — ¿Me porto yo bien con ustés?

TODOS (*Fuerte*). — ¡Sí!

FACHENDA. — ¿Sé yo tratar á los hombres?

TODOS (*A compás y más fuerte que antes*). — ¡¡Sí, sí, sí!!

UNO (*Al arrimar todos el hombro al costado de la barca, incluso la tía Frasca*). — ¿Quién dará la voz?

FACHENDA. — Yo la daré.

EL DE ANTES. — Pues venga de ahí; vamos con coraje, muchachos. (*Haciendo todos fuerza para echar la barca al mar*).

FACHENDA. — ¡*Jamelajá, jamelajá, jamelajá!*...

UNO. — ¡Duro, tía Frasca, que tó se jace por un hijo.

FRASCA. — Por él era yo capaz de ir pisándome las asaúras de aquí á Roma.

OTRO. — ¿Y cuando no puá usté trabajar?

FRASCA. — Nos moriremos abrazaos mi Juan y yo.

FACHENDA. — ¡*Jamelajá, jamelajá, jamelajá!*... (*La barca desaparece*).

UNO. — Basta ya, que está el casco en el agua.

FRASCA. — Ir con Dios, muchachos, y buena suerte. (*Vase izquierda*).

FACHENDA (*Alzando la voz como si hablara á la gente de la barca*). — Así quiero yo ver á los hombres, encima de la barca y dándole á los remos. A mí no me den ustés un hombre que se acoquine por ná; á mí dénme ustés un hombre que... (*Deja de percibirse la voz. Vase.*)

ESCENA IV

ROSALÍA y CALAMAR. Éste lleno totalmente de andrajos y con aspecto que mueve á risa y á compasión. Es apocado y simpático.

ROSALÍA. — ¡María Santísima, cómo está siempre esta criatura! Te va á despachar el señor Fachenda de su barca por derrotao. Parece tu traje los lazos de un par de castañuelas.

CALAMAR (*Humildemente*). — Déjalo.

ROSALÍA. — Ven acá, Calamar; me das lástima, porque no tienes padre ni madre, como yo.

CALAMAR. — Con que tú me quieras un poco, me parece que estoy mejor vestío que el rey. (*Rosalía, muy amorosa, procura amarrarle unos pocos de caireles*).

ROSALÍA. —¡Cualquiera ata tanto cabo!... ¡Pareces un aguacero!

CALAMAR. — Mira lo que te traigo.

ROSALÍA. ¿A ver? ¿Conchas? ¡Bien, hombre! ¡Qué bonitas! Los caracoles, ¿están vivos?

CALAMAR. — Los he pescao hace poco de varias recalás.

ROSALÍA. — No me gusta que des recalás en la mar; mejor es que no me traigas más conchas, si vas á estar siempre tirándote de cabeza al agua por mí. Ya me has buscado lo menos una carga de lo más bonito que ahí se cría. (*Señalando al público*). Tengo el vasar que parece un abalorio de conchas.

CALAMAR. — ¡Yo quiero buscártelas, ea!

ROSALÍA. — Pero no quiero yo. Ya has hecho bastantes valentías.

CALAMAR. — Mira este caracol.

ROSALÍA. — ¡Cuánto pincho! ¿No te has jerío las manos al cogerlo?

CALAMAR. — Me costó tres zambullías, porque no soltaba la roca y me ajogaba allá en lo jondo. (*Gozándose en el relato*). Toa la roca está llena de lapas, de almejas, de ostiones, de coquinas, de caracoles, de muchos bichos diferentes. En la roca donde estaba éste hay hasta erizos.

ROSALÍA (*Riéndose con burla cariñosa*). ¡Parecerá la roca un pueblo con tanta gente!

CALAMAR. — Eso parece, mira. Sobre las conchas grandes viven agarrás otras conchas pequeñas; y, sobre las pequeñas, otras que casi no se ven. ¿Ves tú una alcachofa? Pos así, unas encima de otras. Los bichos que allí hay han formao calles, plazoletas y callejones.

ROSALÍA. — Y habrá hasta su iglesia.

CALAMAR. — Hay un caracol grande, grande, con el cucurucho pa arriba, que parece mesmamente la iglesia.

ROSALÍA. — Y los domingos irán á misa las almejas. ¡Qué imaginación tiene este Calamar!

CALAMAR. —Toa la roca, que es muy grande, tiene unos flecos verdes, como unas barbas, y como el agua, ¿sabes?, parece un meccor, los flecos están siempre pa acá y pa allá, pa acá y pa allá, pa acá y pa allá.

ROSALÍA. — ¿Y no te da miedo ser amigo de esa gente?

CALAMAR.— Yo creo que hasta me conocen...

ROSALÍA. — ¡Ay, á mí me daría un susto!... (*Calamar se ríe de buena gana*).

CALAMAR. — Se ve debajo del agua como si fueras naando por medio de un vidro; está to medio turbio y medio claro, y, á veces, hay un color como si hubieran echao al agua una copa de aguardiente. Cuando vas hacia abajo, cá vez se pone más turbia la mar, y más fría el agua, y tienes que llegar al fondo con la luz muy quebrá, y notas que los pelos de tu cabeza jacen como las barbas de la roca, pa acá y pa allá, pa acá y pa allá, pa acá y pa allá.

ROSALÍA. — ¡Cállate!

CALAMAR. — Pos cuando vuelves del fondo pa arriba, ¡si vieras! Toa el agua la ves encima de ti blanqueá de coló de la náca, y por entre la clariá, ¿sabes?, ves una bandá de peces que echan lu-

ces del coló de los fósforo; ves pasar otra bandá que chisporrotea como la plata; ves luego otra que va escapá soltando chirivitas de lú. Y mientras más subes, más brillantes son las bandás de peces y el agua se va poniendo más azú; hasta que de pronto sales; el aire entra como un tronío en tu pecho, sacas la cabeza jaciendo un remolino é gotas, y al abrir los ojos fuera del agua parece que los asomas por la primera vez ar mundo.

ROSALÍA (*Besándolo*). — ¡Ay, qué cabecita tan llena de luces tiene este Calamar! ¡Si desde la sepultura te oyera tu madre!... (*El se enternece*). (*Como regañándole*). Pero, ¿vas á llorar? ¡Verás si te pego! (*Empujándolo*). Anda, anda, que no sé qué me da de oirte. (*Vase el chiquillo*). ¡Dios mío, qué tendrá este muchacho!

ESCENA V

ROSALÍA y TÍA FRASCA.

FRASCA. — Mira, ya estamos solas; dime eso que le tenías que encargar á mi hijo: ¿por qué no te atreves tú á decírselo?

ROSALÍA. — Tía Frasca, oiga usté con calma lo que le voy á hablar, y póngase usté en razón.

FRASCA. — Mira, si lo que me vas á decir es en contra de mi hijo, no me lo digas, que bastante tiene el probe encima.

ROSALÍA. — Hace lo menos dos años que, por lástima, estoy aparentando con usté y con Juan una cosa que no es, una cosa que me quita el sueño y la vía.

FRASCA. — Me asustas; explícate.

ROSALÍA. — Mire usté, tía Frasca: como á usté me dejó encargá mi madre al morir, y usté me ha criao, y á usté le debo lo que soy, no puede usté dudar de que yo sería capaz de dar la mitad de mi vía por usté. ¿Cree usté en mis palabras?

FRASCA. — Las creo. Eres agraecía y tienes toas las cualidaes de tu madre.

ROSALÍA. — Pero queriéndola á usté como á la Virgen y estándole lo obligá que le estoy...

FRASCA. — ¿Qué, qué? Habla.

ROSALÍA. — Tengo que darle un disgusto tremendo.

FRASCA. — ¿A mí, hija mía? ¿Por qué? ¡Tan fuerte como soy, y mira: estoy temblando!

ROSALÍA. — Porque, desde que á Juan le ocurrió su desgracia, lo quiero como hermano, me dejaría cortar una mano por salvarle de cualquier contratiempo; pero amor, lo que se llama amor, no le tengo; el amor que yo le tenía se fué, y ahora le tengo otro cariño, quizás mayor, más hondo, más puro, pero que no es cariño de novia, no es el que junta á dos personas pa ser felices en la vía.

FRASCA. — ¡Rosalía, Jesús! ¿Qué estás diciendo?

ROSALÍA. — Lo que tanto tiempo he callao.

FRASCA. — ¿Y eso quieres que yo le diga á mi hijo? ¡A él, que lo único que le ha queao en este mundo es tu cariño! Antes me rasgaría la lengua.

ROSALÍA. — Escúcheme usté. Usté que, cuando jóven, también estuvo enamorá del hombre con quien se casó, sabe muy bien que el amor no depende de la voluntá; que se fija en un detalle ó en un conjunto; que entra en el corazón, ó por la voz simpática de un hombre, ó por el color y la dulzura de sus ojos, ó por la buena sombra de sus palabras, ó por la atración de su persona. Si, andando el tiempo, ese hombre del cual una está enamorá pierde el encanto que tenían sus palabras, ó desaparece el timbre de su voz, ó se pierde la simpatía de sus ojos, quedándose ciego, y ya no es quien era, porque tiene otra cara, otros ojos, otras palabras, para el corazón pierde el encanto, deja de tenerle el culto que le guardaba; y aquel cariño se cambia en otra cosa, se convierte en piedá, en misericordia, en interés de hermana, de madre, de algo que es muy grande, pero que no es interés de novia.

FRASCA. — Si tú mataras á mi hijo con decirle que no lo quieres, habías muerto pa mí.

ROSALÍA. — ¡Madre, por Dios!

FRASCA. — Lo dicho: habías muerto pa mí.

ROSALÍA. — Pero ¿cómo se manda en el corazón? ¿Puedo yo remediar que él haya perdío lo que en mí producía un amor tan grande? Sabe usté que yo he sío su enfermera, su guardiana; mis manos le han curao miles de veces, mis ojos no se han cerrao durante muchas noches velándolo. Yo lavé sus ropas, y le di las medicinas, y usté sabe y Dios lo ve en mi pecho, que no me ha faltao ná pa ser su madre.

FRASCA. — Me estás matando; calla.

ROSALÍA. — No; ha de saber usté toa esta pena que á mí me ha estao consumiendo. Cuando el médico dió por desahuciao á Juan, la primera vez que dejó la habitación, el día aquel en que por fin salió á la luz y yo pude mirarlo frente á frente, tós los huesos de mi cuerpo se resquebrajaron de dolor, mi alma toa saltó en peazos al ver que la gloria aquella que en su figura había engendrado en mí un amor tan grande, había desaparecío. ¡A Juan le faltaban los ojos; estaba ciego!

FRASCA. — Rosalía, por la memoria de tu madre, por la ley que me tienes, te pido que no digas á Juan ná de eso, que no rompas la única feliciá que tiene en la noche en que vive; ten piedá, ten misericordia pa quien ya no es más que un bulto, una máquina, un estorbo en el mundo.

ROSALÍA. — No puedo, no puedo. He estao siendo una mala mujer callando.

FRASCA (*En una brusca transición*). — ¿Será cosa, ¡Dios me asista!, que algún otro mozo le esté quitando al hijo de mis entrañas tu cariño? ¿Será cosa que otro nos esté buscando una perdición á mi hijo y á mí? Porque si alguien se metiera con mi ciego, si alguien tratara de ponerle el pie encima como se pisa una piedra, á ese le partía yo el corazón.

ROSALÍA. — Yo no tengo novio, madre; se lo juro á usté por lo más sagrao. Lo que le he estao á usté diciendo es la verdá. Dios lo sabe. Dígaselo usté á Juan, dígaselo como pueda, poco á poco, durante días, con maña, con precaución, sin que padezca mucho al saberlo.

FRASCA. — Antes me matarían.

ROSALÍA. — Madre, madre; ayúdeme usté.

FRASCA. — Antes me cortaría la lengua.

ROSALÍA (*Yéndose*). — ¡No me deje usté sola con esta pena tan grande!

FRASCA. — Y ¿quién es usté, con tanta *música?*

PRIMORES (*Jactancioso*). — Soy *Primores*, mujer de Dios, *Primores;* aquel mozuelo que tan bien tocaba en las parrandas.

FRASCA (*Recordando, pero con disgusto*). — ¡Ah, vamos! Aquel que tuvo la culpa de que mi Juan casi llegara á matar á Pedro, cuando muchachos, porque le quitó la novia. Dijeron que te habías muerto..

PRIMORES. — Si me hubiera muerto no llevaría yo estos cenachos llenos de sardinas, con tantísima de la gracia. Mañana estará aquí también Pedro.

FRASCA (*Sorprendida*). — ¿Qué?

PRIMORES. — Que mañana tendrá usté tambien á Pedro aquí.

FRASCA. — ¿A él?

PRIMORES. — Al mismito.

FRASCA (*Como hablando á solas*). — ¡Será cosa de que sea él la causa de...! (*Alto*). Y ¿á qué viene? ¿Sabes?

PRIMORES.—A vivir aquí otra vez.

FRASCA (*Aparte*). — El tiene que ser el que la ha puesto así. (*Alto*). Pues mira, si viene á turbar mi casa, tendrá que sentirlo, y lo mejor que debía hacer era no venir.

PRIMORES. — Yo, en eso, ni entro ni sargo. Se ha dicho por allá que Rosalía había despedío á Juan, y en esa creencia viene Pedro.

FRASCA. — ¡Eso es mentira, es mentira! No lo ha despedío. Rosalía no quiere más que á mi hijo; dile tú que no venga.

PRIMORES. — Ya es tarde.

FRASCA. — Pues si viene buscando guerra, guerra tendrá. ¿Pa qué me sirve á mí ya este jaz de güesos? Nos veremos las caras; nos las veremos, nos las veremos... (*Vase repitiendo la frase*).

ESCENA VI

PRIMORES con los cenachos llenos de sardinas, colgados de los codos, y la TÍA FRASCA.

PRIMORES (*Fijándose en ella*). — ¡Si parece la tía Frasca!... ¡Ella es, sí! ¿No me recuerda usté? (*Adoptando una postura maja*). Fíjese usté en esta fachá, eche usté los *clisos* sobre estas jechuras, y diga usté si me recuerda. (*Ella, con cara de mal humor, apenas se fija*).

FRASCA. — No lo recuerdo á usté, ni gana.

PRIMORES (*Extremando sus aires pintureros*). — Pare usté la jaca, eche usté pa acá esos zacais, y oiga usté este pregón, á ver si entonces jace memoria.

(Suelta el cenacho del brazo derecho, llévase la mano al lado de la boca, como si fuese un tornavoz, y canta el siguiente pregón imitando á los pescadores de Málaga):

¡Y llevo, las brecas de plata, los boquerones acabaos de coger, los rubios y los dentones, y los salmonetes como el oro!

(Debe ser entonado con mucho arte, haciendo al final una brillante fermata).

Y ahora, ¿me conoce usté?

FRASCA (*En ademán de irse*). — Mire usté, no tengo ganas de tontos.

PRIMORES (*Deteniéndola*). — Pero tía Frasca, ¿es posible que usté no me recuerde? No hace tanto que farto de aquí.

ESCENA VII

PRIMORES y ROSALÍA

ROSALÍA. — ¿Ya con los cenachos llenos?

PRIMORES. — Esta fruta pronto se carga. A cuerno quemao le ha sabío á la tía Frasca la noticia de que Pedro va á venir.

ROSALÍA (*Muy apurada*). — Pero, ¿se lo has dicho?

PRIMORES. — Y se ha puesto por las nubes.

ROSALÍA. — ¡Ojalá no tengamos que sentir con la vuelta de Pedro!

PRIMORES. — No niegues que estás deseando verlo.

ROSALÍA. — ¡Deseándolo y temiéndolo!

PRIMORES. — Chiquilla, se le han agrandao los ojos más toávía. Buenos los tenía Juan, pero en los de Pedro tienes donde mirarte de cuerpo entero. ¿Y por qué te gustan á ti tanto los ojos?

ROSALÍA. — Porque en ellos está entera la persona. (*Con pena*). ¡Los dos ojos donde yo me miraba los ha roto Dios pa que ya no me mire en ellos!

PRIMORES. — Al contrario; ha roto esos dos espejos pa ponerte delante otros mayores.

ROSALÍA. — En esos no me veré yo.

PRIMORES. — En cuanto él venga y te los ponga delante, te queas atortolá como las alondras. Te vas á ver dentro de esos dos ojos, niña, desde la punta del zapato hasta las flores que llevas en el pelo. ¡Es mucho cristal el de aquellos ojos!

ROSALÍA. — Mira, por lo que más quieras, te pío que le digas que no se acerque á hablarme.

PRIMORES. — ¡Pos cualquiera sujeta una avenía!

ROSALÍA. — ¡Vaya una noticia que me has traío!

PRIMORES. — Pa ti, la mejor que te podía dar. Adiós, y enhorabuena, niña.

ROSALÍA. — ¡Anda con Dios, hombre!

PRIMORES (*Colgándose de los codos los cenachos, canta, sin verlo ya el público, de un modo lejano y poético, el mismo pregón de antes*): — *¡Y llevo las brecas de plata, los boquerones acabaos de coger, los rubios y los dentones, y los salmonetes como el oro!*

ESCENA VIII

ROSALÍA y varias mozuelas con cestillas de caña, que vienen por pescado.

ROSALÍA. — ¿Ya en busca del pescao?

UNA MOZA. — Sí, ya se acerca uno de los *boliches*, mira. (*Señala hacia un lado del público. Todas miran*).

ROSALÍA. — Sí, allí viene.

OTRA MOZA. — Y por allá se acerca otro. (*Señala hacia el otro lado del público, y todas vuelven la cabeza*).

OTRA. — No, que vienen dos; uno el que tú dices, y el otro, mirarlo allá lejos, lejos...

OTRA. — Sí; pronto han jecho la carga hoy.

OTRA. — Este año hay mucha pesca.

OTRA. — ¡Mientras haya pescao y pan!

OTRA. — ¡Que de las dos cosas no falte!

OTRA (*A Rosalía*). — Cuando Juan estaba bueno, él era el primero que volvía, con las canastas llenas, de la mar.

ROSALÍA. — Es verdá.

UNA. — Como ése no ha habío otro ni en lo trabajaor, ni en lo formal, ni en lo valiente.

OTRA. — Ná más que otro hombre ha habío como él.

VARIAS. — ¿Quién?

LA OTRA. — ¡Pedro!

UNA. — A propósito: desde anoche se oye decir por la playa que vuelve Pedro otra vez.

OTRA (*Con malicia*). — Rosalía debe saberlo.

ROSALÍA. — No sé más que lo que ha dicho *Primores*.

VARIAS. — ¿Y qué dice?

ROSALÍA. — Que mañana vendrá.

UNA. — ¿A quedarse?

ROSALÍA. — Así parece.

OTRA. — Sea enhorabuena, Rosalía.

ROSALÍA. — ¿Por qué?

OTRA. — Porque ese hombre, después de Juan, es el que más te ha gustao á ti en el mundo.

OTRA. — Vendrá á hablarte otra vez. Como se dice que á Juan le dites la licencia...

ROSALÍA. — ¿Y quién dice eso? Yo no lo he dejao, y mal pué una mujer decente tener relaciones con dos hombres.

OTRA. — Pues se dice que á Juan ya no lo quieres tanto.

ROSALÍA. — Lo quiero más.

OTRA. — Pero con un cariño de otra clase. Mujer, eso dicen las gentes; nosotras no inventamos ná.

OTRA. — No, la verdá es que quearse un hombre ciego y no tener una por donde verle el alma...

UNA (*A otra*). — Oye: ¿tú te enamorarías de un ciego?

LA OTRA. — ¡Ay, yo no, hija! ¿Y tú?

LA DE ANTES. — Tampoco. Un hombre ciego parece un difunto.

MOZA. — Ya está aquí la barca.

OTRA. — ¿Qué pescao vendrá hoy?

OTRA. — De tó está saliendo estos días.

ROSALÍA (*Yéndose*). — ¡Qué irá á pasar aquí!

ESCENA IX

Las mismas mujeres de la escena anterior y el TÍO JOSÉ con un peso muy roto, muy viejo y lleno de ataduras.

TÍO JOSÉ. — Así me gusta; las mozuelas no han de tener pereza. (*Gran alegría en las mujeres al ver aparecer al tío José*).

UNA. — ¡Hola, tío José! Tampoco tiene usté pereza en venir con el peso.

OTRA. — ¡Y vaya un peso!

OTRA. — ¡Valiente peso!

OTRA. — ¿Cuánto quiere usté por el peso?

OTRA. — Seguramente no han entrao tantos boquerones en él como nudos tiene.

OTRA. — Debía usté llevarlo á un Museo, porque eso es de antes der Diluvio.

TÍO JOSÉ. — Este peso es el peso de la Justicia: le falta el fiel, una taza pesa más que otra, tiene más mellas que cuentas un rosario, y apunta del lao que viene el viento.

UNA. — ¿Y esa es la justicia?

TÍO JOSÉ. — La justicia de España. Hay la justicia der mundo, y hay aparte otra justicia, que Dios ha jecho pa nosotros. (*Fórmanle corro las mujeres*). La de España es este peso. Está así porque tós los españoles lo han pisoteao; porque tós los militares le han dao con el pie; porque lo han apedreao los notarios, y lo han llevao á rastras los abogaos, y le han arrancao el fiel los comerciantes, y le han roto mil veces las cuerdas los ministros. No se ha escapao naide sin ponerle la mano encima. Estas tazas han servío, antes que de peso, de bacía de barbero, de plato pa vaciar la olla, de dornillo pa el gazpacho, de cofaina pa lavarse y de bebeero pa las gallinas. Jartas de servir pa tó, las colgaron de una cruz de jierro, es decir, las crucificaron, y resultó un peso. ¡Valiente peso! Los chiquillos le escupen, las mujeres se ríen de él, y de cuantas cosas hay en el mundo, este peso es el que tiene más parecío con la carabina de Ambrosio. Ahí tienen ustedes, niñas, relatá, de pe á pa, la historia del peso de la Justicia en España.

UNA. — Y no sé pa qué lo trae usté, porque da siempre más pescao del que debe.

TÍO JOSÉ. — Vender pescao á la orilla de la mar, es como vender uvas en la viña, mineral en la mina y vino en la bodega. Entonces la taza del peso, como tiene mucho, mucho da; como Dios da agua cuando llueve y luz cuando enciende el sol.

UNA. — ¡Bien por el abuelo de toa la gente de la playa!

OTRA. — ¡Como que tiene hasta tataranietos!

OTRA. — Y toas nosotras semos argo parientes de él.

OTRA. — Más gente ha bautizao y ha amortajao, que hay en diez leguas á la reonda.

TÍO JOSÉ. — En algo se ha de entretener uno.

UNA. — Si da usté tó el pescao, ¿pa usté qué guarda?

TÍO JOSÉ. — Si doy tó er pescao; ¿ves la mar que no tiene fin? (*Señalando al público*), pues ahí hay tanto que nunca se acaba.

UNA. — ¡Viva el tío José!

TODAS. — ¡Viva!

ESCENA X

Dichos y varios pescadores con banastas llenas de pescado, soltando chorros de agua.

PESCADOR 1.º — ¿A quién son esos vivas?

MOZA. — Al tío José.

PESCADOR 2.º — Más suerte tiene con las mozas que tós nosotros.

UNA. — Porque se lo merece.

OTRA. — El que quiera cariño, que se lo gane.

PESCADOR 3.º — Hoy viene mucha pesca.

UNA. — Pos á ella.

PESCADOR 1.º (*Soltando la banasta de pescado*). — Salmonetes, dentones, brecas.

PESCADOR 2.º — Aquí vienen lenguaos, jureles y sardinas.

PESCADOR 3.º — Y aquí han caío rayas y *mozuelas*.

MOZA (*Al tío José*). — ¿Cuánto vale esta *mozuela*?

TÍO JOSÉ. — ¿Que cuánto vale esa *mozuela*? ¿Y quién le pone precio á esa mercancía? Una *mozuela* vale mucho y no vale ná, sigúa.

LA MOZA. — Esta, ¿cuánto vale?

TÍO JOSÉ. — Da dos cuartos por ella, mujer. ¡Cómo están las *mozuelas*!

LA MOZA. — Vayan. (*Le da la moneda y dice al pescador 1.º, refiriéndose á la mozuela.*) Desuéyamela tú.

PESCADOR 1.º — ¿Qué?

LA MOZA. — La *mozuela*.

PESCADOR 2.º (*Al 1.º*) — ¡Qué suerte tienes, hombre!

PESCADOR 1.º — Alguna vez... había de desoyar alguna.

UNA MOZA. — Tío José, á mí un real de lenguaos.

OTRA. — A mí, dos de arañas.

TÍO JOSÉ. — No debía nunca entrar una araña en la ré; ¡bichos más venenosos!

UNA. — Venga una pesá de rubios.

OTRA. — ¿No te contentas con uno solo?

LA ANTERIOR. — ¿Mi novio?

LA OTRA. — Cabal.

TÍO JOSÉ (*Creyendo que lo de cabal es por él*). — Más que cabal va.

LA ANTERIOR (*Recibiendo en la cesta el pescado*). — ¡Ea, ya tenemos arreglao el día!

TÍO JOSÉ (*A los pescadores*). — Llevarse ese que quea.

PESCADOR 1.º (*Yéndose con los otros pescadores*). — Vamos.

UNA MOZA (*Ya al irse todas*). — Y mucho cuidao con el peso, tío José.

TÍO JOSÉ. — ¡Eso... encárgaselo á España!

UN VENDEDOR DE ROMANCES (*Con muchas hojas de ellos en las manos*). — Niñas, ¿no me compráis ná? (*Ellas se detienen un momento*). Llevo el de *Los celos del cura*, el de *El paleto de visita*, el de *La niña que rabia por casarse*.

UNA. — No queremos ná.

OTRA. — Pa romances los que cá una lleva dentro.

VENDEDOR. — Llevo *Los defectos de las mujeres*, *Los apuros de la noche de novios*.

UNA. — Cuando llegue ese caso, lo sabremos.

OTRA. — ¡Que ojalá sea pronto!

OTRA. — Mirar, Juan viene hacia aquí.

OTRA (*Con profunda lástima*). — ¡Pobre mozuelo!

OTRA. — ¡Más le valiera estar muerto! (*Vánse*).

ESCENA XI

TÍA FRASCA por la izquierda con dos remos en las manos, que deja caer al suelo, y JUAN por la derecha, deslizándose á tientas por las fachadas de las dos casas y con una venda en los ojos.

JUAN. — Madre, ¿está usté ahí?

FRASCA. — Sí, hijo; ¿qué quieres?

JUAN. — ¡No sé; morirme!

FRASCA. — No digas disparates.

JUAN. — ¿Pa qué quiero yo vivir? El que ná ve, no vive, madre. Yo llevo ya la negrura de la muerte. Esto es estar enterrao estando vivo. Habrá mucha luz hoy en el cielo, ¿verdá?

FRASCA. — Demasiá luz, hijo; el sol hiere los ojos como un vidro.

JUAN. — ¡Quién sintiera los ojos destrozaos por esa luz! Cuando yo estaba bueno, me ponía la mano delante de los ojos porque no me cabía en ellos la inundación del sol; ahora, si viera de pronto, miraría al sol de frente pa que me llegara hasta el fondo de los güesos. Y hay mucha hermosura ahí fuera, ¿verdá?

FRASCA. — No, al contrario; tó quema y parece que está ardiendo; allá, muy lejos, cantan las cigarras.

JUAN. — ¡Las cigarras! ¡Dios mío! ¡Las cigarras las cuaja el sol: ya ve usté si serán hermosas! Y la mar, al moverse, lleva y trae un relumbrío como si tuviera encima un relámpago, ¿verdá?

FRASCA. — Sí, pero daña de puro encendío; parece una luminaria.

JUAN. — ¿Y hay rosas abiertas, madre?

FRASCA. — Ya lo creo; y madreselvas y claveles, y toas clases de flores.

JUAN. — A Rosalía le gustaban los claveles rojos y yo los cogía y se los llevaba. ¡Ahora ya no pueo cogerlos, porque no los veo. ¿Ha venío Calamar?

FRASCA. — No ha venío.

JUAN. — Cuando hablo con él, me parece que

veo un poco, allá dentro de lo negro de mi cabeza. Dice las cosas de un modo... He estao hablando ahora con Rosalía: me he puesto triste; yo no sé qué noto en ella; me parece que me quiere menos. Si ella dejara de quererme, me moriría, madre. Me ha dicho que usté tenía que decirme una cosa. ¿Qué es?

FRASCA (*Ocultando su secreto al hijo*). — ¿Yo?, ná. No tengo ná que decirte.

JUAN. — Ha estao conmigo muy callá; tenía yo que tocar á veces su vestío pa saber que no se había marchao. ¿Qué tendrá conmigo?

FRASCA. — ¿Qué va á tener, tonto? Siempre no se está de buen humor, y por eso te habrá parecío retraía.

JUAN. — Pero me ha dicho que usté tenía que decirme algo.

FRASCA. — No es ná, hombre. ¡Si yo te pudiera dar mis ojos, que pa ná me sirven!

JUAN. — Pa que estuviera usté ciega, mejor quiero estarlo yo.

FRASCA. — Una mujer, que sirve pa menos que un hombre, no da tanto dolor que esté ciega; pero un hombre, un mozo en la flor de la vía, cuando tiene que buscarse un pòrvenir, cuando el mundo es estrecho pa su arranque... ¡Si yo pudiera darte mis ojos! (*Llora en silencio*).

JUAN. — No se enternezca usté, madre. Tiraré así de la vía hasta que Dios quiera. Aquí, en la playa, no pueo ayudarle á usté á ná; pero si estuviéramos en la ciudá, sí podría trabajar en algo.

FRASCA. — ¿En qué, mi alma?

JUAN. — Hay ruedas que mover, hay tahonas donde se da vueltas pa jacer la masa.

FRASCA. — Eso lo hacen las bestias, no los hombres, hijo.

JUAN. — ¿Y qué más daba? Ya estoy resignao, y daría vueltas como un animal ciego, con tal de ganar la vía de mi madre.

FRASCA. — ¡A los treinta años hecho un bulto! ¡A los treinta años dando vueltas alrcor de una máquina! ¡Antes que verte así, me mate Dios!

JUAN. — Madre, no se aflija usté.

FRASCA (*Llorosa é iracunda*). — El cielo no ha tenío misericordia de nosotros. Un ladrón roba, pero ve; un asesino mata, pero ve; un preso ve el cielo por una ventana del calabozo; ¡pues cuánto mejor es ser tó eso que ser una piedra, un cuerpo convertío en un masacote sin ojos! ¡Agarraría lo más sagrao del mundo y lo pisotearía!

JUAN. — Cuénteme usté eso que tiene que decirme de parte de Rosalía, y se alegrará. Cuando usté está triste, yo veo la sombra de mi alma más negra. ¿Qué es lo que dice Rosalía que tiene usté que decirme?

FRASCA (*Colérica y reprimiéndose*). — ¿Qué?...

JUAN. — Sí, dígamelo usté. Yo le oiré recostao así, en su falda. (*Se recuesta, y va á dar con la mano en los remos que dejó caer en el suelo su madre*). Me gusta estar así. Será algo bueno.

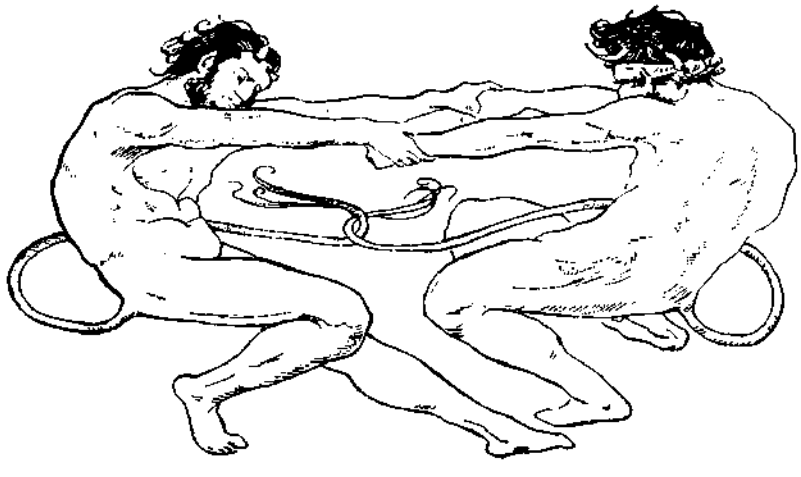
FRASCA. — No es ná, vuelvo á decirte. (*Aparte*). ¡Pedro, Pedro! ¡A ese voy á tener yo que...!

JUAN. — ¿Qué es esto que toco?

FRASCA. — Unos remos que he soltao ahí. Son los que tú manejabas; no quiero que se pierdan ni que nadie vuelva á moverlos.

JUAN (*Incorporándose inadvertidamente, á medida que habla*). — Madre, estos no son mis remos; estos son mis brazos, que me se han caío del tronco; estas son mis alas, que me se han desprendío der cuerpo. Yo volaba con estos remos al ras del agua cortando las olas. Sentao en el puente de la barca, con una mano en éste y la otra en éste, no había quién me venciera transponiendo distancias. La barca parecía una pluma que hacía correr el aire. Con el mar bajo los pies y el cielo encima de la cabeza, yo me sentía con la fuerza de un gigante. Tó era pequeño pa mí, las olas, que subían como montañas; el horizonte, que era menos ancho de lo que yo quería; el sol mismo, que me parecía á lo lejos un clavel rojo de los que gustaban á Rosalía, y que yo remaba, remaba, pa ir á arrancárselo al cielo. Estos eran mis brazos, madre (*Deja caer un remo, como si fuera un brazo que se le desprendiese*); estas eran mis alas (*Deja caer el otro remo con desesperada amargura*). Ahora... ahora ya no tengo alas, ya no tengo brazos; ya no estoy más que pa que me entierren en un hoyo muy hondo, muy hondo, y me echen encima mucha tierra, mucha tierra, mucha tierra. ¡Mátame, Dios mío; mátame, mátame, mátame! (*Vase repitiendo con terrible clamor de pena la frase*).

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

El escenario representa las mismas dos casas del acto primero, puestas á la derecha y vistas en escorzo sus dos fachadas, ocupando ambas muy poco del escenario, á fin de que todo el foro sea el mar. Debe verse una marina espléndida, con la luna *ligeramente indicada* en el fondo, porque es de día. Las fachadas de las dos casas, fachadas que ahora son las principales, lucen madreselvas y rosas, escalando los muros. A la puerta de la casa de Rosalía, que es la que cae más cerca del público, hay un pozo con cubo y polea. La puerta de la tía Frasca aparece cerrada.

ESCENA PRIMERA

ROSALÍA, pensativa, con la mano en la cuerda del pozo.

ROSALÍA. — ¡Dios mío, parece mentira que dos cristalitos tan pequeños como los de las niñas de unos ojos, produzcan tantos transtornos en la vía! Yo creí que estaba enamorá de un hombre, y estaba solamente enamorá de dos cristales. ¿Seré una mujer mala, que no ha sabío enamorarse de un corazón? Pero, ¿no le pasa á tó el mundo lo mismo? ¿Habrá habío una sola persona que se haya enamorao de otra sin repararle en los ojos? ¿Es esto posible? ¡Se rompieron los ojos donde yo me copiaba, y se rompió mi ilusión! ¡Dios mío, bien sabes Tú que yo he hecho terribles esfuerzos por quererle ciego! (*Reparando en Pedro, que viene por la derecha*). ¡Pedro viene!

ESCENA II

ROSALÍA y PEDRO. Este muy apasionado.

PEDRO. — ¡Rosalía!

ROSALÍA. — ¡Pedro! (*Emocionada, deja escapar lentamente la cuerda del pozo*).

PEDRO. — ¡A los tres años te vuelvo á ver!

ROSALÍA. — ¡Que han parecío tres siglos!

PEDRO. — Recuerdo que, al lao de este pozo, me despedí de ti, y en el mismo sitio te encuentro.

ROSALÍA. — ¡Una casualidá!

PEDRO. — Hace tres años, puesta aquí, empezaste á llenar un cántaro de agua; medio lo tenías cuando llegué yo y llené el otro medio.

ROSALÍA. — Quiere decir que te agradezco el haberme llenao medio cántaro de agua.

PEDRO. — Poca cosa es pa agradecía. Al vol-

ver á encontrarte ahora, ¿está lleno el cántaro del tó?

ROSALÍA. — No, también está medio.

PEDRO. — Dame el cubo entonces, y quiere decir que, entre el medio de hace tres años y el medio de ahora, habré tenío el gusto de haberte llenao un cántaro de agua.

ROSALÍA. — Gracias. (*El saca un cubo lleno y va acabando de llenar la vasija mientras hablan*).

PEDRO. — Ya ves: un peazo de barro hueco, con ser barro, deja que lo llenen de agua; y un corazón, con ser corazón, á veces no quiere que lo llenen de cariño.

ROSALÍA. — Es que el cántaro está vacío y el corazón puede estar lleno.

PEDRO. — No son esas mis noticias, y por creer que estaba libre, vine; pero por si acaso estuviera lleno, se hace con él esto. ¿Ves? (*Pone boca abajo el cántaro hasta vaciarlo*).

ROSALÍA. — ¿Qué haces?

PEDRO. — Vaciar el cántaro, pa que tú hagas lo mismo con tu corazón. Quiero llenarte á la vez dos cosas: una con agua (*Muy apasionado*), y otra con este amor tan grande que te tengo.

ROSALÍA. — Eso no puede ser.

PEDRO. — Ven, y asómate al pozo; ¿ves allá, en el fondo?

ROSALÍA. — Veo mi cara bajo el agua.

PEDRO. — Pues cuando te asomes á mis ojos, quiero que también te veas así, como si vivieras dentro de mí.

ROSALÍA. — ¿Como si fueras un pozo profundo?

PEDRO. — Cristalino y fresco; tó pa tenerte en ellos como hostia metía en un sagrario.

ROSALÍA (*Aturdida de emoción*). — ¡Por Dios, Pedro!

PEDRO (*Con mucha pasión durante toda la escena*). — ¡Por Dios, Rosalía! No me digas que tu corazón no está libre; no me digas que no está dispuesto á que mi alma entre en él. Vine porque sé que has acabao con Juan.

ROSALÍA. — No es cierto.

PEDRO. — Enemigos de siempre, no he querío acercarme á ti mientras él te hablaba; y aunque me ha costao jacerme peazos, me mantuve lejos, bregué con mi corazón pa acallarlo y eché encima de su fuego más agua que la que estoy echando en ese cántaro. Ahora que la gente dice que Juan no ocupa en ti el lugar que ocupaba, aquí me tienes, aquí estoy más lleno de cariño que nunca, esperando que me rías, que me mires, que me llenes el alma de luz como si en mí hubiera entrao un torrente de gloria. (*Se estremece en sus manos temblorosas el agua del cubo, alguna de la cual cae al suelo*). ¿Ves cómo tiembla este agua en mis manos y se desborda? Lo mismo tiembla y se desborda mi corazón.

ROSALÍA. — Me aturdes, Pedro, déjame; yo quiero á otro hombre toavía; yo no he acabao con Juan.

PEDRO. — ¿Me engañaron?

ROSALÍA.—Te engañaron. Si no le tengo amor, le tengo piedá, y por no aumentar su desgracia, capaz sería de estar diciéndole toa mi vía que le quiero.

PEDRO. — Pero no le quieres, ¿verdá? Dilo.

ROSALÍA. — Con amor, no; con el alma entera, sí.

PEDRO. — Puedes quererlo como hermana y á mí como novia.

ROSALÍA. — Mientras viva Juan, aun sin quererlo como novia, yo no puedo querer á otro hombre. Por Dios, vete otra vez lejos, y que no se entere Juan de que has venío; olvídame, no vengas á darme más penas, si es que me quieres.

PEDRO. — ¿Y por qué ha de depender mi felicidá de que un hombre haya perdío los ojos? Yo tengo los míos. ¿No me ha dao Dios á mí la vía pa vivirla? Porque ahora esté muriendo mucha gente, ¿voy yo á matarme? Yo también siento de corazón la desgracia de Juan, créelo por el Dios que nos oye; pero yo tengo mi cuerpo sano, mi cabeza llena de fuego, mis venas rebosando juventú, y mis dos ojos, grandes y profundos, deseando copiar en ellos tó lo que es cariño, tó lo que es fuerza y tó lo que es pasión.

ROSALÍA. — Viene alguien; adiós.

PEDRO. — Adiós, no; hasta luego.

ESCENA III

ROSALÍA y TÍA FRASCA.

FRASCA. — Buenos días, hija.

ROSALÍA. — Buenos los tenga usté.

FRASCA (*Mostrando un trozo de cuerda con un corcho redondo en la punta; es una tralla*). — Vengo de procurarme esta traya pa tirar del copo, que la otra se rompió de puro vieja, ¡como me romperé yo también!

ROSALÍA. — No sabe usté la pena que me da verla á usté haciendo trabajos de hombre.

FRASCA. — ¡Qué remedio quea! Y gracias que el señor Fachenda me armite en vez de mi hijo.

ROSALÍA. — Diga usté, madre. (*Con exquisita dulzura*).

FRASCA. — ¿Qué?

ROSALÍA. — No se enfade usté conmigo, que no sabe cuánto la quiero.

FRASCA. — Vamos, ¿qué?

ROSALÍA. — ¿Le . . . vamos . . . encontró usté ocasión de . . .?

FRASCA. — ¿De qué?

ROSALÍA. — ¡De. . . decirle eso á Juan! ¡No se enfade usté!

FRASCA. — Si fuera hijo tuyo, si tú le hubieras dao tu sangre, verías cómo no encontrabas ocasión de matarlo.

ROSALÍA. — Cuando usté pueda. . . intente. . . ; pero sin hacerle daño, poco á poco. ¿Lo hará usté?

FRASCA. — Ni se lo digo yo, ni se lo digas tú, Rosalía. Mira que después habrías de arrepentirte. Mujer, ¿qué trabajo te cuesta quererlo?

ROSALÍA. — Pero, madre, si es que no pueo; si es que no pueo. Cuando voy á decirle ¡te quiero!, veo en él algo de familia, y la vergüenza hace crujir mis huesos. ¿Pueo yo remediar esto? No se ofenda usté, que le estoy hablando como si fuera á Dios mismo. Piense usté un momento, y dígame: ¿hubiera usté sío novia. . . , vamos, de su padre, de su hermano?

FRASCA. — ¡Qué preguntas!

ROSALÍA. — Pues una cosa parecía es lo que á mí me pasa. ¡Por Dios, ayúdeme usté; quiérame usté un poco, que también yo soy hija de Dios!

FRASCA. — ¡Si hubiera otro de por medio en este asunto!. . . ¡Si Pedro hubiera venío con malas intenciones!. . .

ROSALÍA. — No hay nadie que me ronde; pero, aunque lo hubiera, mientras viva Juan yo no seré novia de nadie, ya que no puedo serlo de él. Se lo juro á usté.

FRASCA. — Yo no vivo con estos disgustos. Encima de una desgracia, otra mayor. ¡Hasta cuándo, Dios justo, hasta cuándo! (*Vase, izquierda, arrastrando la tralla por el suelo, colgada del hombro. Rosalía entra en su casa*).

ESCENA IV

JUAN y CALAMAR

JUAN. — ¿Que quién eres? (*Palpándole las ropas*). No hables, no hables, á ver si te conozco. Desde que estoy ciego, parece que las yemas de los deos se me han convertío en ojos. (*Habla con la delicada ternura de los ciegos*). Ven algo los deos, pero no del modo que ven los ojos. En la piel debe haber desparramá algo de vista. Voy también aprendiendo á diferenciar los olores que se desprenden de la carne y de las ropas de las personas. Cá una tiene un olor distinto. ¿No lo sabía usté?

CALAMAR (*Aparte y riéndose al oirse tratar de usted*). — ¡Usté!

JUAN. — Notó el rastro que deja Rosalía al pa-

sar, y el que deja mi madre. A *Calamar* lo conozco porque, como le gusta tanto zambullirse en las olas, siempre huele á agua del mar. ¿A ver? (*Le huele la cabeza y dice, riendo*): ¡Ah, pillo, tú eres, tú eres!

CALAMAR (*Riéndose*). — ¡Pos es verdá que me has acertao por el olor! (*Siéntanse en la arena*).

JUAN. — ¡Anda! Pues ¿y lo que sabe el oío? Se llega á notar que cá persona respira de un modo distinto, aunque los que ven no pueden apreciarlo. Sentao cerca de varias personas de las que trato mucho, las saco á toas por la respiración. (*Con honda pena*). ¡Es necesario, Dios de mi alma, haberse queao ciego pa saber bien esto! ¿Me comprendes tú?

CALAMAR. — Te comprendo tan bien como si yo estuviera ciego.

JUAN. — Pero no hablemos de mí, y cuéntame tú algo de ahí fuera. ¿Qué has visto? ¿Dónde has estao? Cuenta, cuenta.

CALAMAR. — Pues no he jecho más que estar sentao un rato frente á la mar, pensando y pensando.

JUAN. — Y ¿qué pensabas?

CALAMAR. — Pensaba en que no hay bicho tan grande en el mundo como la mar.

JUAN. — ¡Hombre! ¿La mar es un bicho?

CALAMAR. — Un bicho con cuerpo lleno de anillos, que tira zarpazos, que unas veces se enrabia como un león, y otras juega panza arriba como un tigre echao al sol. No tiene güesos; está tó jecho de elásticos, que se estiran, y que se encogen, y que no tienen más afán que jacerse amos de toa la tierra. Cuanto amanece, ya está dando manotazos en las rocas.

JUAN. — ¿Sabes que lo dices de un modo, que parece de veras?

CALAMAR. — Y lo es. Yo, que me meto en su boca cá media hora, y que recalo dentro de él, te digo que es un bicho. ¿Tú no has visto los titiriteros? Pues así es de descoyuntao, y lo mismo se tiende, que se levanta, y que se revuelcá, y que se retuerce.

JUAN. — Y ¿qué come ese bicho?

CALAMAR. — ¡Anda! Come ríos, come barcos, come personas, come aguaceros, y algunas veces hasta se quiere comer las estrellas.

JUAN. — ¿Y tiene el mar sentires como las personas, dí?

CALAMAR. — Tiene ideas y sentires, sólo que son caracoles, corales, conchas. . . Aquí traigo un caracol pa Rosalía, que es un pensamiento de la mar.

JUAN. — ¿A verlo?

CALAMAR. — Mira.

JUAN. — ¿Se lo vas á dar ahora?

CALAMAR. — Sí; ¿por qué?

JUAN. — ¿Me dejas que lo bese?

CALAMAR. — Bésalo.

JUAN. — ¡Cuántos pinchos! En cá pincho voy á clavar un beso, y se los vas á llevar á Rosalía. ¿Quieres?

CALAMAR. — Poco pesa el encargo.

ROSALÍA (*Saliendo de su casa*). — Calamar, ¿estás ahí? ¿Qué me traes?

JUAN (*Aparte al muchacho*). — Toma, dáselo. (*Calamar toma el caracol*).

CALAMAR. — Unas conchas y este caracol, que en cá pincho trae una cosa que no se ve y es pa ti.

ROSALÍA. — ¿Y qué es lo que no se ve?

CALAMAR (*Dándole todas las conchas y saliendo escapado*). — ¿Qué son? Juan te lo dirá.

ROSALÍA (*Llamándolo*). — Pero mira, ven acá. ¿Dónde vas? Espérate.

ESCENA V

ROSALÍA y JUAN

ROSALÍA. — ¿Qué dice que trae en los pinchos este caracol?

JUAN. — Mujer, es una niñería. Besos míos.

ROSALÍA (*Desentendiéndose*). — ¡Qué conchas tan bonitas! ¡Qué colores!

JUAN. — ¿A ver una?

ROSALÍA. — Mira ésta, roja.

JUAN (*Palpando la concha*). — ¿Roja?

ROSALÍA. — Sí.

JUAN (*Después de vacilar*). — ¿Cómo es lo rojo? No me acuerdo; se ha borrao ese color de mi memoria.

ROSALÍA. — ¿No te acuerdas de las rosas, de los claveles, de las llamas? Pues así.

JUAN. — Me acuerdo de. . . la figura de los claveles, de la forma de las rosas, pero no del color.

ROSALÍA. — Mira, esta azul.

JUAN (*Palpándola*). — ¿Azul? (*Tristemente*). ¡Tampoco me acuerdo de lo azul!

ROSALÍA. — Hombre, ¿no te acuerdas del cielo?

JUAN. — Desde que pienso en ti, ni del cielo.

ROSALÍA. — ¿No recuerdas el color del mar? También es azul.

JUAN. — ¡No me acuerdo!

ROSALÍA. — A ver: mira esta otra, que es verde. (*La toma Juan.*) De lo verde, si te acordarás, ¿no?

JUAN. — ¿Cómo era?

ROSALÍA. — Los árboles, también el mar. . . ¿No haces memoria?

JUAN. — ¡Tós los colores han volao de mí como una bandá de pájaros!

ROSALÍA. — ¿Y qué ves, entonces?

JUAN. — Negrura, negrura, tó negro; una tela negra, en la que está liao el mundo. Pero en medio de ese lienzo, veo una cosa que es pa mí como si fuera el mundo entero.

ROSALÍA. — ¿Y qué es?

JUAN. — Hay dibujá una mujer.

ROSALÍA. — ¿Una mujer?

JUAN. — Sí, verás. Como si Dios hubiera cogío un pincel, ha ío dibujando en mitá de ese lienzo unas rayas que son un vestío, otras rayas que son unos pies, otras rayas que son unas manos, otras que son una cara, y en medio de ella ha jecho dos redondeles de luz, que son los ojos.

ROSALÍA. — ¡Jesús mil veces! ¿Eso ves dentro de ti?

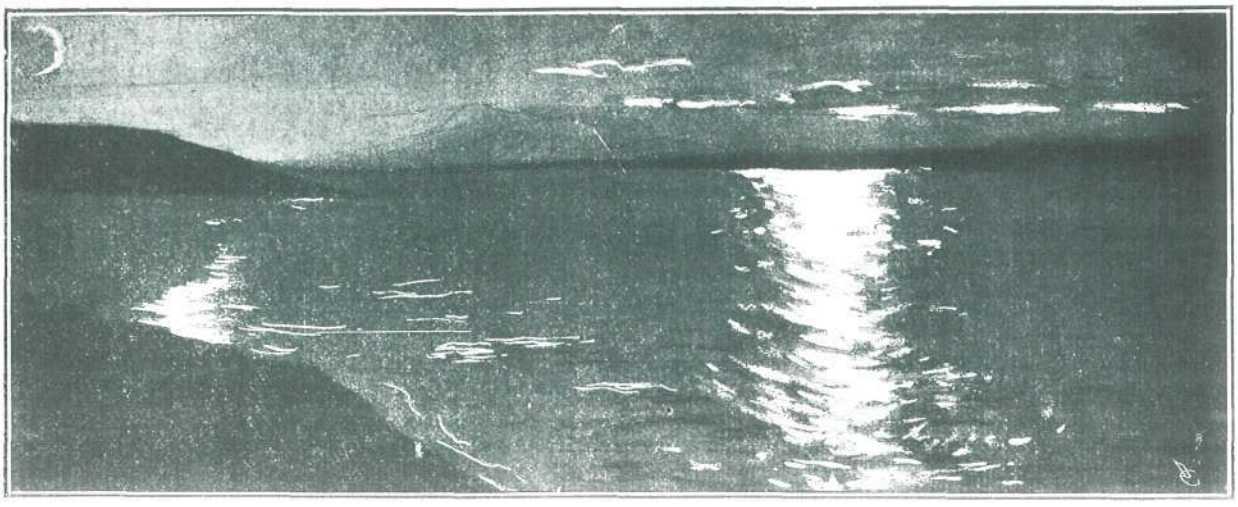
JUAN. — Eso veo.

ROSALÍA. — ¿Ná más?

JUAN. — Ella solamente.

ROSALÍA. — ¿Y quién es ella?

JUAN. — ¡Tú! Pa que yo no estuviera solo en el mundo, Dios te ha pintado dentro de mí, y tú eres mi mundo y mi cielo. (*Con extremada dulzura*) No ves que, como desde niño te estoy mirando,



y desde pequeños hemos jugao juntos, y hemos comío en la misma mesa, y nos hemos mirao en el mismo espejo, por fuerza habías de tener que grabarte dentro de mí.

ROSALÍA (*Dominada por lo desconocido*). — No sé qué decirte; habla, di más.

JUAN. — Pues como los ojos con que ahora miro son los del alma, y esos no se puén cerrar, están fijos siempre mirándote, y mirándote, y mirándote; y acostao, y de pie, y andando, siempre te veo, y te veo, y te veo. Estos días estoy triste.

ROSALÍA. — ¿Por qué?

JUAN. — Porque me parece que me quieres menos; y sé que es así, porque cuando me quieres menos, la mujer de luz que llevo grabá en mí pierde resplandor, entorna los ojos, palidece su cara, casi se borran sus manos y parece que en toa ella va anocheciendo.

ROSALÍA. — ¡Ay, te quiero mucho; Dios lo sabe!

JUAN.—Ya que El te tiene encendía en mí como está la última luz cuando cantan las tinieblas, no seas más que mía; mía por dentro y mía por fuera; mía mientras viva, y mía hasta después de muerto.

ROSALÍA (*Aparte*). — ¡Yo quiero que me digan cómo se mata á este hombre! . . .

JUAN. — Me entretengo mucho en mirarte dentro de mi alma.

(Rosatía vuelve á inclinar todo su sér para oirle).

ROSALÍA. — Di, di.

JUAN. — Por esa mujer de luz conozco yo cuándo amanece y cuándo anochece, y en ver siempre esos dos crepúsculos paso mi vía.

ROSALÍA. — Explícame eso.

JUAN. — Verás: aunque un hombre haya perdío los ojos, algo le quea de vista desparramá por los güesos de la frente, de las cuencas vacías. No veo ná; pero, cuando amanece y entra poco á poco la luz, y por fin asoma el sol al mundo, mi noche se hace más clara y veo así como una cosa que quiere ser un resplandor, ¡y eres tú!

ROSALÍA. — Pero ¿tan enamorao estás de mí?

JUAN. — ¡Tanto, tanto, que no se pué decir con palabras! ¡Quiéreme, por Dios! (*Llorando*). ¡Tenme piedá! (*Echa la cabeza en el hombro de el a*).

ROSALÍA. — Cálmate. (*Lo besa en la frente*).

JUAN (*Reanimándose por un exceso de vida*). — Tó el dibujo se ha encendío; te veo toa ardiendo; cuánta luz! ¡Mátame ahora, Dios mío!

ROSALÍA (*Aparte*). — ¡Quién se atreve á decirle. . . ! (*Alto, sin saber qué hacer*). Anda, vete, vete por Dios . . .

(Vanse uno por la izquierda y otro por la derecha).

ESCENA VI

Por la izquierda viene la cuerda del 'copo llena de hombres: entre ellos viene también tirando de la tralla la tía FRASCA con el vestido remangado y la cabellera revuelta. Su figura vigorosa ha de producir sentimiento de asombro y de lástima. A medida que va saliendo del mar la maroma, de la que tiran los hombres, un muchacho la va recogiendo en el suelo en forma de anteojos, junto á la concha. El comienzo del diálogo lo oye el público sin verse todavía á los que tiran.

HOMBRE 1.° — ¡En mi vía he tirao de un copo que más pese!

HOMBRE 2.° — Hoy tiene que venir lleno.

HOMBRE 3.° (*Cantado*).—¡Tira, tira, que ya está cerca!

HOMBRE 4.° (*Idem*). — ¡Vamos con él, vamos con él!

HOMBRE 5.° (*Hablado*). — La Vige se ha acordao hoy de nosotros.

(Asoma la cuerda de hombres).

HOMBRE 6.° (*Idem*). — ¡Buen hombro tiene la abuela!

HOMBRE 1.° (*Idem*). — ¡Bien se saca de la mar lo suyo!

FRASCA (*Idem*). — No hay más remedio que ir amarrá á esta cuerda de presos.

HOMBRE 2.° (*Idem*). — ¡Vamos con él, tía Frasca, que ya está cerca!

FRASCA (*Idem*). — Mi hijo es el que me da á mí estas fuerzas. ¡Mientras yo puea jacer su trabajo! . . .

HOMBRE 3.° (*Idem*). — Pero un día va usté á reventar.

FRASCA (*Idem*). — Por mi hijo reviento yo, y me queo prepará pa reventá otra vez.

HOMBRE 5.° (*Cantado*). — ¡Tira, tira, que ya está ahí!

HOMBRE 1.° (*Idem*). — ¡Jala, jala, jala!

HOMBRE 3.° (*Idem*). — ¡Andar con él, que quea poco!

FRASCA (*Hablado*). — ¡Esto sí que se llama ir amarrao á la vía!

HOMBRE 4.° (*Cantado*). — ¡Sacar el pan de la mar; tira, tira!

HOMBRE 5.° (*Idem*). — ¡Tó el mundo va preso; jala, jala!

HOMBRE 1.° (*Hablado*). — ¡Más pesa el copo que la probeza!

HOMBRE 2.° (*Idem*). — ¡El que no tira de esta cruz, tira de otra; arriba, arriba!

HOMBRE 3.° (*Cantado*). — ¡Jincar el pie, jincar el pie!

HOMBRE 4.° (*Idem*). — ¡Súa y comerás; arriba con él!

(Deja de verse la cuerda de personas, la cual ha ido pasando de izquierda á derecha, pero todavía se oyen sus voces hasta que se desvanecen).

HOMBRE 5.° (*Idem*). — ¡Tirar del sino, tirar del sino!

HOMBRE 6.° (*Idem*). — ¡Jala, jala!

HOMBRE 1.° (*Idem*). — ¡Adelante la cuerda de presiarios!

HOMBRE 2.° (*Idem*). — ¡Tós amarraos, tós amarraos!

(Dejan de oirse por completo las voces. Es necesario que esta escena se ensaye bien para darle el aspecto de grandeza y de símbolo que tiene).

ESCENA VII

JUAN (*Aplicando el oído para oir aún la gente*). — ¡Ahí va mi madre, también amarrá; amarrá como una presa, por mí! La pobre vieja, con la cruz; y yo, que soy el hombre, aquí. ¡Unos ojos, Dios mío, unos ojos pa este desgraciao!

ESCENA VIII

PRIMORES y JUAN

PRIMORES. — ¡Eh, buen hombre!

JUAN (*Volviendo*). — ¿Quién me llama?

PRIMORES. — Soy yo, el mozo nuevo en la playa.

JUAN. — *¿Primores?*

PRIMORES. — Ese soy. ¿Sabe usté si tardará mucho en salir el copo? Tengo que llenar los cenachos...

JUAN. — Yo creo que saldrá en seguía. (*Con amor y dulzura de ciego*). ¿Y de qué tierras ha venío usté?

PRIMORES. — De Fuengirola. (*Juan se estremece*).

JUAN. — ¿De Fuengirola?

PRIMORES. — Sí, señó.

JUAN. — Allí vive, desde hace tres años, un pescaor que se fué de aquí.

PRIMORES. — ¿Cómo se llamaba?

JUAN. — Pedro.

PRIMORES. — ¿Pero usté no sabe que ha vuelto?

JUAN. — ¿Que ha vuelto?

PRIMORES. — Sí.

JUAN. — ¿Dónde? ¿Aquí? ¿Cuándo?

PRIMORES. — Hoy mismo.

JUAN. — ¿Está usté seguro?

PRIMORES. — ¡Ya lo creo! Es un mozo muy valiente.

JUAN. — Sí... ¿Y es pa vivir aquí?

PRIMORES. — Justo. Pa acá se ha traío la barca.

JUAN. — ¿Y no sabe usté con qué fin viene?

PRIMORES. — A trabajar, á darle á los remos, á buscarse la vía.

JUAN. — ¿Tan mala está por allá?

PRIMORES. — La mar está muy gastá. Parece como que siente usté que vuelva ese mozo.

JUAN. — No.

PRIMORES. — Pues parece.

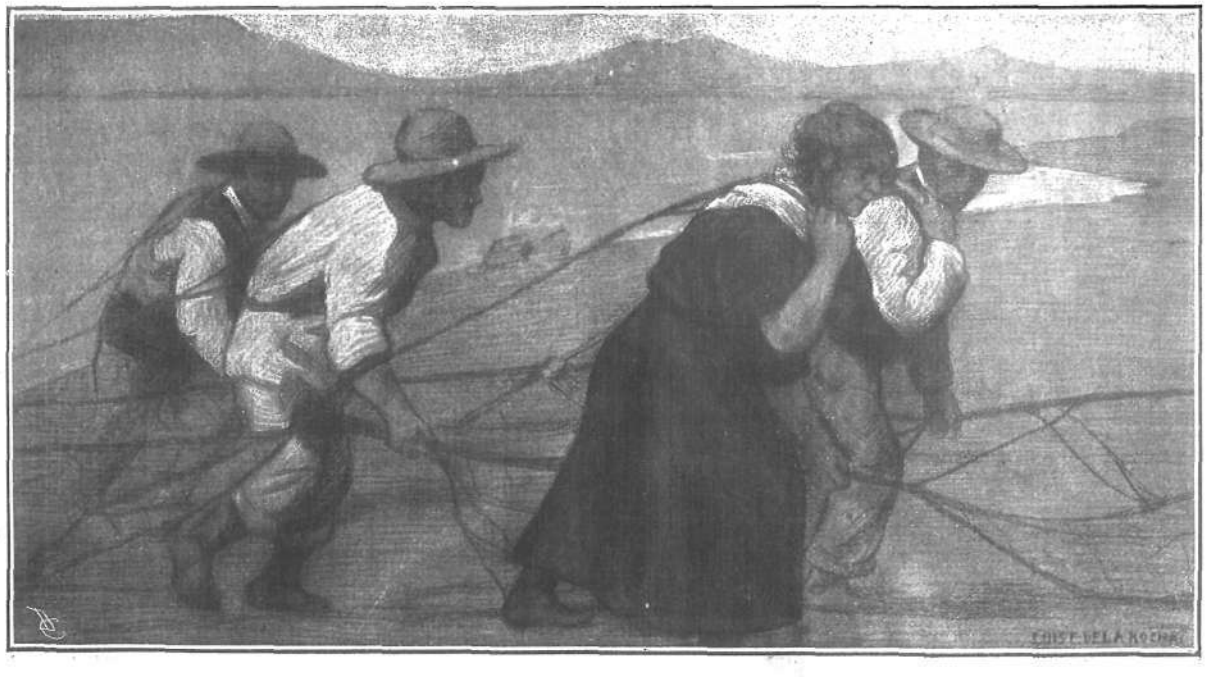
JUAN. — No lo siento... si es que no viene á meterse conmigo.

PRIMORES (*Aparte*). — Veamos. (*Alto*). ¿Con usté? ¿Con un ciego va á venir á meterse?

JUAN. — No sé. Yo con nadie me meto; arrinconao por Dios, en mi rincón lloro mi desgracia; pero si me provocan...

PRIMORES. — ¿Quién le va á provocar, Pedro?

JUAN. — Acaso.



PRIMORES. — No comprendo por qué.

JUAN. — Yo sí. Cuando muchachos él y yo, me hizo una mala partía, y por poco le cuesta cara.

PRIMORES. — ¿Y qué partía fué? ¿Se pué saber? ¡Digo, si no es cosa!...

JUAN. — Quería yo una muchacha, y él me la quitó. Pero yo volví á quitársela á él, y si no me la deja, se quea sin vía.

PRIMORES. — Cosas de chiquillos.

JUAN. — Que se pué dar el caso de repetirse de hombres.

PRIMORES. — ¿Sigue usted queriendo á esa mujer?

JUAN. — Queriéndola sigo; y como yo sé que á él le gusta... posible es que venga aquí, no á pescar, sino á pescarla á ella; y entonces seré lo que fuí.

PRIMORES. — ¿Lo que fué usté?

JUAN. — Sí. Uno que no le importaba su vía. ¡Pa como vivo!... Pero él no vendrá á buscarme la boca; esto es hablar por hablar. Si he tenío una mala sospecha, que Dios me perdone, pues no quise ofender.

HOMBRE 1.° (*Allá lejos, cantando*). — ¡Ya sale, ya sale!

HOMBRE 2.° (*Idem*). ¡Tirar, tirar de él!

HOMBRE 3.° (*Idem*). — ¡Viva la Vigen del Carmen!

TODOS (*Idem*). — ¡Vivaaaa!...

(*Se oyen á lo lejos muchas voces de entusiasmo*).

JUAN (*A Primores*). — ¿Ve usté? ¡Ya salió el copo!

PRIMORES. — Voy allá. Que usté lo pase bien, amigo, ¡y cuidao con la novia! (*Vase*).

JUAN. — Antes será pa la muerte que pa él. (*Juan siéntase pensativo en una roca, á orilla del mar.*)

ESCENA IX

JUAN en el fondo, que no habla. ROSALÍA y PEDRO.

PEDRO. — Hasta luego dije, y aquí estoy, Rosalía.

ROSALÍA (*Imponiéndole silencio con el dedo*). — ¡Por Dios, que está allí Juan!

PEDRO. — ¿Y porque ese hombre esté ahí no voy á poer yo hablar? Yo no le temo á nadie.

ROSALÍA. — Te pío que bajes la voz.

PEDRO. — No tengo por qué hablar bajo.

ROSALÍA. — Vente entonces á este lao.

PEDRO. — De este sitio no me muevo. Ese hombre no tiene comprao er mundo.

ROSALÍA. — Sé formal; vente.

PEDRO. — Que no.

ROSALÍA. — Entonces entro en mi casa.

PEDRO. — Eso no. (*Se van ambos á un lado*). ¿Has resuelto lo que vas á hacer?

ROSALÍA. — Lo que te dije.

PEDRO. — Pues yo no me voy sin tu cariño.

ROSALÍA. — ¿Has venío á comprometerme?

PEDRO. — He venío pa que me quieras.

ROSALÍA. — No puedo ser tuya.

PEDRO. — ¿No dices que no le tienes amor á Juan?

ROSALÍA. — Es verdá; amor, no le tengo.

PEDRO. — Entonces, al pedirte yo ese cariño, ná le quito, contra ná suyo voy. Si no se lo tienes á él, ¿por qué no he de procurar yo que sea pa mí?

ROSALÍA. — ¡Pedro! Que va á venir ese desgraciao y lo vamos á matar entre los dos.

PEDRO. — Matarlo, ¿por qué?

ROSALÍA. — ¡Vete, Pedro!

PEDRO. — Mal pagas tres años de no haber estao pensando más que en ti. Ya no vivía; ya hasta la tierra misma me botaba de allí; y cuando supe la noticia de que habías despedío á Juan, hasta el sol se me oscureció de felicidá. Tu corazón está libre; el mío está libre; aquí me tienes: respóndeme.

ROSALÍA. — Tía Frasca vuelve.

PEDRO. — Contéstame.

ROSALÍA. — Vete, vete, por el cielo.

PEDRO. — Sin tu resolución, no.

ROSALÍA. — Si no te retiras, te juro...

PEDRO. — ¿Qué?

ROSALÍA. — Que no volverás á verme.

PEDRO (*Después de una gran violencia*). — Bueno. Te buscaré. Piensa tu respuesta.

(*La tía Frasca abre su puerta y entra*).

ESCENA X

ROSALÍA y JUAN. (Este viene á tientas hasta la puerta de Rosalía, palpando las fachadas de las dos casas).

JUAN (*Aparte*). — Yo no pueo resistir más esta dua. ¿Me estará jaciendo traición Rosalía? Ese hombre no pué venir aquí á ná bueno, me lo dice el corazón. ¿Habrá hablao ya con ella? ¡No me hacía falta más que esta nueva desgracia! ¡No, pues si viene á buscarme!...

(*De izquierda á derecha pasan sueltas, y en grupos, algunas mujeres que van con cestas por pescado*).

JUAN (*A la puerta de Rosalía*). — Rosalía, Rosalía.

ROSALÍA (*Aparte*). — ¡Si habrá piyao algo de la conversación!

JUAN. — ¿Rosalía?

ROSALÍA. — Aquí estoy.

JUAN (*Amable*). — Vengo á decirte una cosa.

ROSALÍA. — ¿Qué?

JUAN. — ¿No sabes lo que me han dicho hace poco?

ROSALÍA. — ¿Qué?

JUAN. — Que ha vuelto Pedro de allá. (*Leve silencio*). ¿Lo has visto tú por casualidá?

(*La tía Frasca sale también con una cesta y vase, cerrando la puerta*).

ROSALÍA (*Aparte*). — ¿Miento? ¿Le digo que sí?

JUAN. — ¿Estás ahí, Rosalía?

ROSALÍA. — Aquí estoy.

JUAN. — ¿Has oío lo que te he dicho?

ROSALÍA. — ¿Que había vuelto Pedro?

JUAN. — Sí; eso me han dicho. ¿Lo has visto quizás?

ROSALÍA. — No lo he visto.

JUAN. — ¿Y á qué vendrá? Me da mal barrunto su venía.

ROSALÍA. — ¿De qué recelas?

JUAN (*Con abatimiento*). — ¡Ya pués figurarte!...

ROSALÍA. — ¿Que venga por mí?

JUAN. — A hablarte otra vez.

ROSALÍA (*Empleando mucha maña en toda la escena*). — Si no es que le hayan dicho, ¡como la gente es tan mala!, que yo había acabao *ya* contigo, y por eso haya venío él...

JUAN. — Siendo mentira, ¿cómo se lo iban á decir?

ROSALÍA. — Por eso digo, que como la gente es tan habladora...

JUAN. — Pero ¿sabes tú que se lo han dicho?

ROSALÍA. — Yo no; es una suposición.

JUAN. — Si se hubiera corrío esa voz, esa mentira, no tiene ná de particular que hubiera venío.

ROSALÍA. — ¿Verdá? Eso digo yo. Si al hombre habían ido á decirle: *Rosalía y Juan han acabao*, es natural que, creyendo el campo libre, hubiera querío dar una vuelta por aquí.

JUAN. — ¿Te has dejao tú decir algo?

ROSALÍA. — Yo no. ¿Qué iba á decir no habiéndote despedío *toavía*?

JUAN. — ¿Toavía? ¿Es que me piensas dejar? Noto algo que me daña en ti.

ROSALÍA. — Ponte en su caso. Si tú fueras el que hubieras vivío allá, al oir correr ese embuste, si es que me querías, te hubieras plantao aquí en seguía; y como venías con tu corazón sano, creyendo que á nadie perjudicabas, nadie podría tacharte de ná. Así es que, si él está aquí por esa causa, no tienes razón pa abrigar recelos.

JUAN (*Abatido*). — Siquiera por la habilidá que tienes en darme la noticia, hay que agradecértelo. Tú me quieres matar.

ROSALÍA. — Y aunque hubiera venío, y aunque en tal creencia hubiese hablao conmigo, ¿era razón para disgustarse? Hay que ver los motivos por los que hacen sus actos las personas; si son honraos, no hay por qué culparlas; si no lo son, entonces sí. A Pedro le han contao un cuento, y vino.

JUAN. — ¿Y te habló?

ROSALÍA. — Pero con mucho respeto, ¿eh? Sin propasarse en ná, sin agraviar á nadie, sin perjudicar.

JUAN. — ¡Dios mío, esta nueva pena!

ROSALÍA. — No es pa ponerte así.

JUAN. — ¿Y qué habéis hablao?

ROSALÍA. — El me ha preguntao si mi corazón se hallaba libre.

JUAN (*Presa de gran ansiedad*). — ¿Y tú le has dicho?...

ROSALÍA. — La verdá: que no. (*Juan respira y estalla en inmensa alegría*).

JUAN. — ¡Es claro! Como que novios semos, novios hemos sío y novios seremos. Has dicho lo que debías, lo que debías. ¿Ves tú? Ya no tengo recelo. Es natural que ese hombre, al oir esa mentira y creerla, haya venío. Pero tú has dicho lo que debías. No; si yo veo las cosas con sereniá; si yo disculpo esa venía. ¿Qué más te diré? Hasta me alegro, porque el hombre, ¡claro!, venía creío en un error. ¡Qué feliciá, Rosalía! ¡Ahora me parece hasta que veo la luz del sol!

ROSALÍA (*Cada vez más sagaz*). — Y no le falta razón tampoco en otra cosa que dice, no creas.

JUAN. — ¿A ver? ¿Qué dice? ¿Qué? (*Durante toda la escena, el alma de Juan sufre, pasando de la alegría al dolor*).

ROSALÍA. — Dice que yo puedo muy bien quererte á ti y quererle á él.

JUAN (*Colérico*). — ¡Rosalía!

ROSALÍA. — Pero ten paciencia, hombre; dices que tienes sereniá, y no acabas de oir.

JUAN. — Vamos, anda.

ROSALÍA. — Dice que, como una persona tiene en su corazón cariño de dos clases, uno que es el amor y otro que es el cariño de hermano, de madre, podía yo, pa que olviden ustedes el odio que se tienen, querer á uno como novia y al otro como amiga, cosa que les pasa á muchas mozuelas, que además de tener novios tienen amistades.

JUAN. — ¿Entonces él quiere quedar amigo mío al decirte eso?

ROSALÍA. — ¿Ves tú cómo te ofuscas á veces y no oyes? El quiere desvanecer rencores antiguos; ¿y qué de particular tiene su deseo de que yo quiera á uno con toa mi alma y al otro como quiere una hermana, que daría hasta su vida?

JUAN. — ¿Pero no será eso una sagaciá de su parte, pa con el tiempo ocupar él solo tu corazón? ¿No será una ación de lobo, Rosalía?

ROSALÍA. — ¿Pero cómo iba él á ocupar solo mi corazón, si en cá pecho están el amor y el cariño de familia sin rozarse siquiera?

JUAN. — Mira, no lo veo con gusto; pero si eso es un paso de hombre honrao y tú quieres que dejemos de odiarnos, ¡bueno; sea, mujer!

ROSALÍA. — ¡Gracias, hombre; por fin!

JUAN (*Otra vez poseído de gran alegría*). — No, si yo, cuando un hombre propone la paz, ya no soy nadie, y quiero también quitar de en medio rencillas y asperezas que á ná conducen. ¿Ves tú, ves tú como sí tengo sereniá? ¿Ves cómo á mí, por la razón, se me lleva donde se quiere? Si es lo que yo digo: tantas cosas se están poniendo hoy en claro, que ese hombre ha jecho muy bien en venir. ¡Qué alegría, mujer! ¡Quedamos, pues, en que á él lo querrás como hermana, y á mí, como siempre, con tó el amor de tu corazón!

ROSALÍA. — Al contrario, hombre; entonces no has entendío. Verás.

JUAN (*Lleno de inmensa angustia*). — ¿Qué? ¿Qué dices? ¿Es cierto?...

ROSALÍA. — Es natural que se quiera como hermano á un ciego, y como novio á un hombre que está bueno y sano. Esa es la verdá.

JUAN. — ¡Dios mío, Dios mío! ¿Y qué importa que esté ciego si te veo con toa mi alma? ¿Crees que valen más los ojos de la cara que los del corazón? ¡Los ojos, los ojos! Si los tuviera, ahora mismo me los arrancaría por no ver una infamia como la tuya, un engaño como este, una traición como la que has estao cometiendo conmigo. ¡Los ojos no son ná: carne, agua, miseria! (*Queda abismado*).

EL VENDEDOR DE ROMANCES DEL ACTO PRIMERO (*Desde dentro derecha, á las mujeres que pasan*). — ¡Niñas! ¿No me compráis ningún romance? Llevo el de *Flor y Blancaflor*, llevo el del *Novio chasqueado*, llevo el nuevo y bonito de *Los ojos*, en que se relata tós los colores que los ojos tienen. Andar, niñas, llevarme alguno pa morirse de un atracón de risa. (*Durante este relato ha asomado el vendedor por la derecha para que lo vea el público y ha ido á perderse de nuevo también por la derecha*).

ROSALÍA (*A Juan, con arrebato*). — ¡Dices que los ojos son agua, carne, miseria! Miseria, sí, pero una miseria que ilumina Dios; son carne, pero una carne de luz, de claridá divina; son agua, pero agua cuajá en un espejo pequeñito, que es capaz de copiar el mundo. Con los ojos conocemos á nuestra madre pa quererla; con ellos conocemos á nuestros hermanos; con ellos vemos los pobres; y la luz, que es la alegría; y el mar, y el cielo, y los hijos, que enseñan á sentir; y el hombre al que le ha de dar una su corazón, que pa llegar al alma tiene antes que pasar por las niñas de los ojos. Los ojos son todo, sin ellos no hay nada: ni alegría, ni luz, ni amor, ni hermosura, ni cielo. Reponte de tu pena, piensa en lo que te he dicho, y... ¡olvídame, por Dios!

PEDRO (*Saliendo izquierda, loco de júbilo y abrazando á Rosalía*). — ¡Por fin! Mía pa siempre.

ROSALÍA (*Presa de la mayor emoción*). — Tuya, pero he matao á ese hombre. Soy una mujer mala. Despréciame, ódiame.

PEDRO. — Nunca; mía, mía.

ROSALÍA. — A costa de la muerte y del dolor.

PEDRO. — Así es el mundo: ¡del dolor y de la muerte tienen que salir el amor y la vida!

(Juan queda abismado. Al oir al vendedor de romances, que viene recitando el de los ojos, vuelve lentamente la cabeza hacia la voz, reflejando el profundo dolor de su alma.)

VENDEDOR (*Desde dentro derecha*). — Oir el bonito romance de los ojos, y comprarlo; oirlo:

Han de saber los amantes
que sin los ojos no hay nada,
porque en los ojos, abierta
como la gloria está el alma.

(Aparece el vendedor y va, muy lentamente, de derecha á izquierda).

Los ojos garzos parecen
crepúsculos que se apagan,
y medrosos tornasoles
de las luces en las aguas;
para fingir que os adoran
son los mejores, muchachas;
como están entre dos luces,
miran, prometen y engañan.
Los ojos negros son lumbre,
hornos que despiden llamas,
y arrojan penas terribles,
juramentos y amenazas;
y los hay negros de endrina,
negros como la desgracia,
negros cual velo de luto,
negros cual noche cerrada.
Son los claros ojos verdes
lo raro que os mira y llama

y que á cada parpadeo
sueltan mil luces extrañas;
y los hay verdes de espiga,
verdes color de manzana,
verdes color del almendro,
verdes color de esmeralda.
Tienen los ojos azules
en sus niñas encerrada
toda la concha del cielo
hecha dos discos de gracia;
y los hay azul de lirio,
azul color de montaña,
azul color de los lagos,
azul color de esperanza.
Todos, castaños ó verdes,
pupilas negras ó garzas,
son lo divino, asomado
á los ojos de la cara.
Antes que ciegos, moznelas,
muertos nos guarde la caja;
¡en los ojos vive Dios
y en los ojos está el alma!

(Al sonar el último verso, Juan estalla en un amarguísimo lanto; golpéase con los puños las cuencas vacías, y cae al suelo revolcándose de dolor).

ESCENA XI

JUAN, TÍA FRASCA y un PESCADOR.

PESCADOR. — ¿Qué le pasa á ese hombre?

FRASCA. — ¿Qué le pasa? ¡Es mi hijo, tiene treinta años y está ciego!

PESCADOR (*Con gran misericordia*). — ¡Jesús! Y ¿cómo ha sío esa pena tan grande?

FRASCA.—Salió á la mar una noche en que estaba, como ahora, tranquila (*Señalando al público*). ¿Ve usté las olas que apenas levantan media vara? Pues así. Venía ya la sombra comiéndoselo tó, borrándolo tó, tragándoselo tó. Saltó viento contrario y se alborotó el mar. Venían en la barca mi Juan y mi marío, viejo como yo; mi hijo, con más fuerzas que un Hércules y un arrojo como no lo tuvo otro hombre. En el bailoteo de las olas, que se hicieron grandísimas, la barca chocó contra un banco de rocas y se abrió, yendo mi marío al fondo. Pero mi Juan se tiró de cabeza detrás de él, y agarrao con una mano de jierro, lo sacó arriba; pero habían estao mucho debajo del agua mientras á tientas buscaba el hijo al padre, y el viejo de mis entrañas salió medio muerto. Otra ola se lo quitó de pronto, y Juan se hundió de nuevo pa buscarlo. Lo encontró; pero ya lo sacó ajogao. Arrastrando lo trajo á la playa, y al tirar el cadáver en tierra, mi hijo dió con la cara contra los pinchos y las astillas de las rocas y se dejó allí los ojos destrozaos. Con una carátula de sangre anduvo unos pasos, se pasó las manos por los ojos, se hundió los deos horrorizao, y se encontró las cuencas vacías. Al padre tuvo Dios la piedá de matarlo; el hijo ¡vive ciego! (*Dirigiéndose al público, que es el mar*). Mar traidor, mar terrible, mar sin misericordia: dame los ojos de mi hijo, dame los ojos de mi hijo, dame los ojos de mi hijo! (*Cae el telón mientras repite con inmenso y trágico clamor de pena la frase*).

FIN DEL DRAMA

(*Si la actriz fuese una buena intérprete de la poesía lírica, declamará inmediatamente después del drama esta poesía*):

EL ELOGIO DE LOS OJOS

Son dulces ventanas de los corazones
los ojos que guardan luz desconocida:
á los claros ojos, como á dos balcones,
asomada el alma ve pasar la vida.

Cuando á algún nacido tocan las campanas,
es que el alma nueva de un niño inocente
se asoma á sus ojos, como á dos ventanas,
para ver la vida y el cielo riente.

Si la desposada vestida de velos
camina hacia el ara con paso indeciso,
se asoma á sus ojos, igual que á dos cielos,
para, deslumbrada, ver el Paraíso.

Si alza el sacerdote como cifras bellas
la Forma y el Cáliz al cielo asombroso,
se asoma á sus ojos, como á dos estrellas,
para ver la cara de Dios milagroso.

Y si ve el anciano los hondos abismos
que á sus pies le cava la guadaña fuerte,
se asoma á sus ojos, como á paroxismos,
para, horrorizado, contemplar la muerte.

Ya los ojos sean azules cristales,
verdes, ó de intensa sombra desleída,
ellos son los puros, sacros ventanales,
donde asoma el alma para ver la vida.

Los azules dicen cielos, lagos, montes,
flotante humareda de los incensarios;
los ojos azules llenos de horizontes,
dan pureza al alma como dos sagrarios.

Son los ojos negros dos incendios rojos
cuyas llamas vibran como dos estelas;
en las dos pupilas de los negros ojos
se calienta el alma como en dos candelas.

Son de los castaños el mirar sereno,
los de las gacelas entre los apriscos;
sobre el alabastro del altar de un seno,
doble misa dicen sus sublimes discos.

Son los ojos verdes dos fascinaciones,
dos fuentes que manan líricos arpegios,
son dos pesadillas, son dos obsesiones,
son dos magnetismos, son dos sortilegios.

Ojos de las madres que nos han mirado
y de amor ungieron nuestra infancia tierna;
ojos maternales que nos han llorado:
¡Dios llene de gracia vuestra luz eterna!

Los de nuestros hijos que alumbró la suerte,
ojos de ternura, por queridos, bellos:
cerrad nuestros ojos al llegar la muerte
y una triste lágrima derramad en ellos.

Ojos con que tristes miran los ancianos,
venid y os daremos inmarchitas palmas;
hagamos suspiros y penas hermanos:
¡de llorar unidas, se alivian las almas!

Ojos de los tristes fijos en el suelo,
que hallan sólo espinas al posar las huellas:
mirad hacia arriba; ¡de mirar al cielo,
los ojos del hombre se colman de estrellas!

Ojos de los ciegos, órbitas sin llamas;
¡oh tragedia enorme de terror tejida!:
¡guarda nuestros ojos, Dios que el sol derramas,
y antes que estar ciegos, quítanos la vida!!

(Esta obra es improvisación).

Salvador Rueda

El permiso para representar esta obra, propiedad de su autor, pídase á éste, Glorieta de Quevedo, 7, Madrid, ó á la Sociedad de Autores Españoles. — Fotograbados de Durá y Compañía. - Imprenta de José Blass y Cía., San Mateo 1, Madrid.